



Fernando Villamía (2022). *Dioses de quince años*. Sevilla: Algaida, 176 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).
DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.15.2024.841-843>.

Los habitantes de territorios de tierra adentro, y singularmente los de la Meseta, además pobladores de la Raya con Portugal, no gustamos por lo general de alharacas. Los fríos de invierno nos hicieron recios, así como el horizonte despejado del terreno. Quizá por ello no somos dados a *dar jabón* y más bien tendemos a pecar de secos (seguramente por la tierra que nos ve nacer y pacer). Solemos preferir el silencio. Pero no es el caso. Las palabras que siguen no buscan la complacencia sino un resto de sinceridad. Sin herir, llanas.

Leí el libro *Dioses de quince años* a la espera entre pruebas médicas y el quirófano en una operación ambulatoria de mi padre y el recobrado tiempo de lectura expresamente reservado en el sosiego de casa. Lamentablemente a veces nos malacostumbramos a arrinconar la lectura a ratos sueltos -que no cortos-, y por tanto de mediana calidad. Sin embargo, el acto de lectura que busca más allá del mero entretenimiento no puede convertirse en un simple pasatiempo.

En este libro Fernando Villamía ha escrito un conjunto de relatos deliberadamente enfocado al público juvenil, volumen con el que fue galardonado con el Premio Literario Kutxa Ciudad de San Sebastián, sección relatos en castellano, en su 56 edición. Villamía es catedrático de instituto de Lengua y Literatura Españolas, miembro del Seminario Permanente Claudio Rodríguez de Zamora y ha cultivado fundamentalmente el relato corto y la novela. Ha recibido los premios literarios Hucha de Oro, Gabriel Miró, Max Aub, Encarna León, Tierra de Monegros, Villa de Mazarrón, Fernández Lema y Villa de Torrecampo. Entre sus obras destacan *El sistema métrico del alma* (Ediciones Trea, 2019 - Finalista de Premio Setenil 2020), *Judith y Holofernes* (Algaida - Premio Felipe Trigo, 2008) y *El cuento de la vida* (Algaida - Premio de Novela Ciudad de Badajoz, 2016).

Volviendo a *Dioses de quince años* quizá sobresalgan los dos primeros relatos ("El corazón de mi hermana" y "La Hipopótama"), por responder plenamente a lo que adelanta el título común. Luego, con el correr de las páginas, el yo literario (quizá el tú del autor) ha cogido la preponderancia de

los adolescentes protagonistas. Especialmente singular resultado el relato "La Hipopótama", por el desarrollo de la trama y por el manejo de la cuestión de la dignidad humana. "El último baile" quizá ofrezca un resultado un tanto indiferente, probablemente cuando al lector no guste especialmente del baile, o por tener que pelear contra él por su superabundancia (pienso que a veces está sobrevalorado) en la civilización del espectáculo. En "Ladridos" Villamía teje un relato en que destaca la brillante profusión en la descripción de la exuberancia de Aurora, protagonista que se hace bellamente carnal.

Quizá el autor sea el personaje llamado Fernando que aparece en el relato "Con la pluma estilográfica". Pero seguramente sea más honda la cuestión final del texto –“(…) *me pregunto si será posible escribir desde la muerte*”-. Todo apunta a que la cuestión es retórica y que el autor tuviera la respuesta: Yo creo que sí, que los católicos creen en la resurrección de los muertos. "Hilos" aparece como un relato realmente brutal. Como hoy el cine ha llegado a ser lo que es, si el relato fuera algo más extenso estoy seguro de que lo compraría los derechos del texto sobre el que basar una película de éxito. Aunque quizá también sirva como miniserie, caso de que el director lo estirase un poco. Tramas familiares al modo Downton Abbey pero con una calidad literaria made in Villamía. Intente, pues, el autor coquetear con una productora.

A priori accedí bien dispuesto al relato "La foto de Dios". Jesús Montiel me fascina sobremanera por su canto a la sencillez. Villamía tiene un gusto muy refinado; esto me lo confirma. También la centralidad de la fotografía. Por una inexplicable razón situó el desarrollo de la trama de este cuento en Villafranca del Bierzo. Igual por la plaza y la tienda de ultramarinos. Debe ser algo completamente caprichoso. Volviendo al cuento, es absolutamente sutil y plenamente bella la forma de narrar el ser de Dios. Un servidor, que es doctor en historia del arte (el arte siempre ha expresado a Dios) y teólogo, considera que Villamía ha logrado algo realmente complejo: hacer sencilla (medido está el adjetivo) una forma de expresar el ser de Dios. Realmente precioso.

En "Martillos de mayo" el autor afirma: "*Dictar sentencias no tiene nada que ver con la justicia. Es otra cosa (...) A ninguno le importaba la justicia, sólo lo legal*". En efecto, Villamía también se atreve con la actualidad política. "Aula de poesía" contiene mucho de lo suyo (lo nuestro), de su vida en dedicación a la tarea docente. Y además nos regala un guiño a nuestra paisana leonesa y castellana, toresana para más señas, Delhy/Adela Tejero. Resta destacar la última frase del relato, un alegato de intenciones: "*me sentí como*

deben de sentirse los santos y los héroes: funcionario de un vasto ideal". Quizá a ello aspiramos, también los dioses de quince años...

"El silencio" es un relato esencialmente dramático. Sobresale su descripción del silencio por honda. Quien firma esta reseña tiene el convencimiento de que el silencio es fundamentalmente estar. Sin más. Parece que también Villamía. En "Muertos difíciles" aparece una cuestión diletante. La línea de investigación de un servidor discurre por la historia de la arquitectura y el urbanismo. Me resulta espacialmente interesante la perspectiva antropológica de la ciudad que maneja Villamía. Por eso me agrada sobremanera esa suerte de ciudad de la memoria en que vive doña Luisa, lejos, además, de lo que hoy se enarbola por memoria. Muertos difíciles...

Villamía recurre con singular proclividad a lo sacramental, a lo litúrgico. Omnipresente es Aurora. Quizá junto a la inicial dedicatoria "*Para Lis/También para Amador*" debiera aparecer un "*Para Aurora*". *Dioses de quince años* sobresale por uso del lenguaje, de las imágenes, por la generosa aportación de términos que rebasan el pobre léxico que nos manejamos en el lenguaje oral y, lastimosamente, cada vez más también en el escrito. Villamía logra mantener en su libro la tensión y la atención, y lo hace de forma verdaderamente notable. Y además hace persal al lector (solamente esto ya sería maravilloso) mucho sobre su padre. En fin, un regalo de filiación en forma de libro de relatos.

RAFAEL ÁNGEL GARCÍA-LOZANO

<https://orcid.org/0000-0003-4913-7019>

Universidad Católica de Ávila (EUM Fray Luis de León)

rafael.garcia@frayluis.com